

edificios en las ciudades capitales y en los puertos de mar... pero no es todo esto sino un afeite de progreso, no es mas que una civilizacion fingida. El viajero que registra el corazon de estos mismos países, ¡cuántos motivos no encuentra para decir que retrogradan en su marcha!



CAPÍTULO VII

Combate que presenciamos. — Necesidad de una reaccion. — ¿Cuál debe ser esta? — ¿Existen los elementos necesarios? — Debe iniciarse por la educacion. — Debe restituirse su libertad á la Iglesia. — Oposicion de los verdaderamente intolerantes. — Asociaciones religiosas y de beneficencia. — ¿Qué indican?

En medio de ese confuso movimiento que hace percibir un mundo continuamente agitado, nuestro entendimiento presencia un combate interminable, en el que de una parte obra la accion de la Providencia y de otra la del hombre empeñado en contradecirla. Miétras la mano de la Providencia dirige las cosas á su fin siguiendo el curso que les tiene marcado, la mano del hombre se empeña en desviarlas y en precipitarlas por distintas sendas; la mano de Dios las destina á llenar ciertas disposiciones de sus insondables juicios, la del hombre pretende convertirlas en medios para medrar en beneficio de sus propios intereses. Pasma por cierto á quien conserve inteligencia en la mente y fe en el corazon, pasma, repetimos, observar el empeño con que se pretende levantar

obstáculos á Dios mismo en el gobierno de sus creaturas, haciendo servir como instrumentos de muerte los que eran destinados á dar vida. Esto es no obstante lo que presentamos cada día. Los hombres públicos que se afanan por constituir al género humano sobre una nueva base formada segun los caprichos de su voluntad, los ilusos que gritan dia tras dia pidiendo reformas sociales que equivalen á la total extincion de las leyes sobre que descansa la sociedad misma, ved ahí otros tantos obstáculos que se alzan para desviar al mundo de su curso providencial, y ved ahí tambien el verdadero origen de los gravísimos males que oprimen á la especie humana. Las doctrinas extraviadas que proclaman aquellos modernos reformadores, cual torrente furioso que destruye con la violencia de su choque cuanto detenerle intenta, han envuelto en confusion y desorden á todos los reinos, imperios y repúblicas que permitieron su enseñanza. En la América principalmente han producido sacudimientos vivísimos y del todo semejantes á las agonías convulsivas del que muere en su florida juventud. Nosotros hemos indicado, aunque muy de paso, las profundas heridas abiertas en el Brasil al orden social, y su gravedad funesta puede conocerla desde luego quien sepa apreciar en su verdadero valor los deberes que ligan entre sí á los hombres reunidos en sociedad. Ni el político mas previsor podria decirnos cuál seria la suerte de esa misma sociedad en el caso en que las funestas doctrinas de aquellos modernos reformadores, triunfando de los buenos principios, del buen sentido y de la conciencia recta de cuantos hoy las rechazan, viniesen á servirle de pauta alguna vez.

La experiencia de lo sucedido en los Estados donde llegaron á dominar momentáneamente, nos deja conocer que estaria muy léjos de ser feliz. Prisiones, confiscaciones, destierros, cadalso y guillotina, son el espectáculo imponente que ofrecieron á la sociedad horrorizada los que hoy pretenden reformarla. Este es un borron que jamas podrán lavar esos mismos que se llaman redentores de la humanidad oprimida. **HABER SIDO CRUELES TIRANOS CADA VEZ QUE GOBERNARON.**

La existencia del elemento productor de aquellos males en el cuerpo social hace necesaria una reaccion de principios que le salve de la muerte. Y no son por cierto las instituciones humanas las que pueden operar aquella, porque la accion del hombre no puede pasar del exterior y la reaccion debe obrarse en la conciencia. La reaccion debe ser en las ideas, en los principios, en las opiniones, y esto no puede producirlo sino la religion, cuyas leyes divinas alcanzan hasta las acciones mas pequeñas de los hombres que creen.

Parece fuera de duda que en el Brasil existen elementos que puestos en movimiento producirian aquella reaccion; fuera de duda, lo repetimos, porque subsiste aun el espíritu católico en la nacion brasileña. Podrá muy bien haberse extraviado un número considerable de sus miembros, alucinados por las paradojas de aquella doctrina depravada; podrá la indiferencia religiosa haber echado profundas raices en el corazon de muchos, y podrá, en fin, la ignorancia tener alejados á otros que llaman necesidad lo que nunca conocieron y preocupacion lo que jamas llegaron á entender; pero es cierto que en la conciencia

de la inmensa mayoría de los brasileños vive el sentimiento católico, y este es para la nación el elemento salvador en la dura borrasca que le preparan las aberraciones de muchos.

En las grandes oscilaciones que sufren los pueblos, los que profesan el catolicismo tienen en su favor su fe, la cual les presta elementos de reorganización de que carecen las otras sociedades religiosas. La conciencia que obedece á la autoridad llenando un deber que le impone, no el poder de la tierra, sino el querer del cielo; esa misma autoridad sometida á otra que le señala límites y le intima no abusar en el ejercicio del poder; las leyes obligando, no por la sanción que recibieron de los hombres, sino como emanaciones de la que dió una autoridad inmutable y eterna; el espíritu de subordinación que inspira á los súbditos toda esta doctrina y la rectitud severa que impone á los magistrados, son otras tantas áncoras de salvación para el orden público, amenazado por las doctrinas disolventes de los modernos reformadores. Este elemento en vano lo buscaríamos en el protestantismo que inculca en sus sectarios el espíritu de independencia y enseña como principio la soberanía de la razón, ni en ninguna de las otras sectas nacidas del cristianismo, pues todas emancipan la conciencia del hombre proclamando la libertad de su razón. El deber de la autoridad será pues hacer revivir el sentimiento católico en la conciencia del pueblo y procurar con la buena educación que en la juventud no se debilite por los vicios de un mal sistema de enseñanza ó se amortigüe por los efectos de la ignorancia religiosa.

Un jóven que no aprende como obligación que le impone su fe el respeto y obediencia á la autoridad, principiará por desobedecer á los superiores del colegio y concluirá mas tarde por conspirar contra el gobierno legítimo de la nación. Nada hay que pueda sustituirse á la conciencia del deber que la fe forma en el individuo: las obligaciones que inspiran las bellas máximas de la filosofía no son mas que simulacros. Colocados en el corazón, no recibirán ciertamente los homenajes del hombre, sino cuando el interés individual ó los respetos humanos vengan á exigirselo. Hemos notado en otro lugar que la educación religiosa no ha recibido en el Brasil el desarrollo que debiera, y á la vez hemos hecho conocer que los efectos de aquel descuido se perciben fácilmente. ¡Ojalá que el porvenir alarmante que preparan al Estado la irreligión y los vicios que la acompañan hagan cauta á la autoridad para prevenirlos!

Mas no es el gobierno tan solo quien ha de tomar parte en el trabajo de la reacción que se necesita. Existen los encargados por Dios de enseñar la fe y de formar el sentimiento religioso en el corazón del pueblo. Estos son los obispos, estos son los sacerdotes. Empero, forzoso es decirlo, en el Brasil una autoridad extraña dicta á cada paso leyes á la Iglesia y reglamenta las obligaciones que Dios ha impuesto á los ministros de su religión. La enseñanza que recibe el niño en las escuelas, y la instrucción que se da al jóven en los colegios, no son vigiladas por el pastor, porque una ley priva á este de toda intervención en aquellos establecimientos; las pastorales y los sermones al pueblo han sido á veces some-

tidos á la censura de la autoridad política. Los obispos, coartados de esta manera en el augusto ejercicio de su ministerio, no pueden llenar el deber que les incumbe de iniciar la reaccion religiosa que exigen imperiosamente los intereses del Estado. Necesario es que el gobierno les restituya el libre ejercicio de las atribuciones que les usurpa, devolviéndoles con un acto de justicia la independencia y el decoro de que se les ha privado con grave detrimento de la fe católica. Los obispos, hemos dicho, recibieron de Dios una mision que deben cumplir en medio de los pueblos, y ningun gobierno que profese la religion que ellos enseñan, puede ponerles trabas en el ejercicio de su ministerio sin agravio de la justicia, sin detrimento de los intereses del pueblo, y sin ultraje de la conciencia católica. De la justicia, porque el poder de los obispos en el órden religioso es tan independiente de cualquier otro, como lo es en el politico el que ejerce el supremo magistrado de la nacion. De los intereses del pueblo, porque la accion de los pastores de la religion cede siempre en beneficio de los fieles : instruir al pueblo, mejorar su moral, asegurarle la posesion de su eterno destino, estos son los nobles objetos de su accion. La conciencia católica se agita cuando la mano de los gobiernos penetra hasta el santuario, pretendiendo con audacia insensata sustituir las leyes que rigen la institucion del Verbo, con las que inspiran á los mandatarios de la tierra su interes ó su capricho. El pueblo que tiene fe sufrirá todo, ménos que esa misma fe, tierno objeto de su amor y de su culto, sea ajada ni vilipendiada. Cuando la autoridad se empeña en someter

la lealtad de los ciudadanos á esta dura prueba, se coloca imprudentemente en el borde de un precipicio.

Los que en nuestro siglo llevan hasta el *ultra* su liberalismo en política, contradiciendo sus principios, se declaran frecuentemente tiranos de la Iglesia. Como si de esta tuvieran algo que temer, se apresuran á reducir la órbita de su accion, y en la escasísima que le trazan, le suscitan todavía mil obstáculos á fin de inutilizar los nobles esfuerzos de sus ministros. Se llaman tolerantes, predicán tolerancia en favor de todo lo que no pertenece al catolicismo; mas tratándose de esta religion que ellos dicen profesar, no obran sino en el sentido que les aconsejan las mil preocupaciones innobles que abrigan contra sus dogmas y contra sus prácticas. Hombres eminentes han calificado ya tal conducta y yo repetiré el dicho de uno, porque expresa hasta dónde sea esta intolerante. « Predicais tolerancia, dice, y no solamente no consentis que alguno os contradiga, sino que haceis guerra cruel á vuestros disidentes, para castigar en estos el delito de no aceptar vuestras opiniones (1). » Los hombres que proceden de una manera tan extraña, son los primeros enemigos que tiene la libertad de la Iglesia. Quieren avasallarla, conculcarla, y jamas encontrarían su amor propio tan satisfecho como cuando la viesén públicamente despojada por la autoridad civil del ejercicio de todas las prerogativas de que la invistió sobre la tierra su soberano fundador.

(1) Bossuet.

En un país donde tales ideas han llegado á prevalecer en el juicio de un número muy considerable de personas, la institucion de asociaciones para obrar en sentido contrario á aquellas seria difícil. A esta circunstancia debemos atribuir el que no se hayan propagado en el Brasil, tan rápidamente como en otros países, algunas sociedades religiosas que por la accion del gobierno fueron introducidas años atras. Las hermanas de la Caridad contaban en 1856 apénas tres casas en todo el imperio y su número era bien reducido en cada una. Los Capuchinos no tenían ningun convento ni colegio para fomento de sus misiones, y los deseos del gobierno relativamente á otras instituciones europeas que debian plantearse para trabajar en la mejora moral y religiosa del pueblo, hasta entónces no habían pasado de proyectos. ¡Se pensaba sin embargo! y esto indica que se conocia la necesidad de remediar un mal que cada dia toma mayores proporciones y amenaza seriamente las instituciones fundamentales del imperio brasileño. Se pensaba sin embargo, lo repetimos, porque las lecciones que pasando dejaron las sociedades antiguas, y las que están dando las modernas, enseñan á los gobernantes que cuando falta el principio religioso en el cuerpo social, los tronos mas poderosos caen derribados por la revolucion; que los gobiernos mas fuertes son trastornados por la anarquía, y que las leyes mas venerables sirven de juguete á los sediciosos.



CAPÍTULO VIII

Estado normal de las repúblicas americanas. — Las costas del Uruguay. — Una reflexion en presencia de las *pampas* orientales. — Cuarentena en Montevideo. — Conversacion de un negro. — Hecho que maravilla. — Elementos de desórden. — Revolucion constante. — Consecuencias que se palpan. — ¿Cuál será su porvenir?

Cuando se considera el estado normal á que viven sometidas casi todas las secciones de la América y que su situacion ordinaria son las revueltas, el robo y la tiranía, como resultado natural de esa conspiracion perpetua de una parte de los ciudadanos contra la otra, nos parece presenciar aquellas luchas sangrientas de que en la edad média fueron víctimas los mas bellos territorios de la Europa. Nos asombra que puedan aun cometerse los hechos de vandalismo que oimos de los árabes y nos indignan las violencias que escudados por su poder cometen los cadís y bajás de la Turquía; y no obstante, registrando con calma y sin género alguno de pasion la triste crónica de cada Estado y de cada provincia de la América española durante el último medio siglo, en-